

LOS SUEÑOS DE JOSÉ

Si tuviéramos que contar quién es José para nosotras... ¿qué diríamos? ¿Qué nos diría él? ¿Cómo nos hablaría de su historia, de su vida, de su vocación?

A continuación, proponemos un diálogo entre José de Nazaret y una josefina, que puede ayudarnos a “imaginar” y recrear la aventura exterior e interior que vivió nuestro Patrón. Dejemos que sus sueños, sus preguntas... pero especialmente sus amores impregnen nuestra celebración y nuestra vida cotidiana.

JOSEFINA: Esta tarde quiero contarles la historia de José de Nazaret. Le hemos pedido a él mismo que comparta con nosotros este espacio, que nos hable de sus recuerdos, de sus vivencias junto a María y a Jesús. Seguro que podemos aprender mucho a su lado.

JOSÉ: Gracias por contar conmigo. Yo también estoy contento de compartir este espacio con ustedes.

JOSEFINA: Para empezar... ¿quién era José de Nazaret? Era un joven carpintero que se enamoró de la muchacha más bonita alegre de Nazaret. Su nombre era María.

JOSÉ: Cuando uno es joven tiene un montón de sueños. Yo soñaba despierto con casarme con María y pasar toda la vida junto a ella. Y así fue... aunque no del modo en que yo había imaginado.

JOSEFINA: El Evangelio nos dice que María quedó embarazada por obra del Espíritu Santo, antes de que vivieran juntos. José, que ya era su esposo, era un hombre justo y no quería denunciarla, por lo que pensó en abandonarla en secreto. Se quedó dormido y un Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas

llevar a tu casa a tu esposa María, porque la criatura que espera es obra del Espíritu Santo.

Dará a luz un hijo al que le pondrás el nombre de Jesús, porque salvará a su pueblo de sus muchos pecados. Al despertarse, José hizo como el Ángel del Señor le había mandado.

JOSÉ: Yo sentí que la novedad de Dios llegaba a mi vida y la trastocaba del todo... Me sentía sobrecogido y me preguntaba ¿será que de verdad que esto es cosa de Dios? ¿No será una locura, una imaginación mía? ¿O será que, de verdad, el Altísimo cuenta conmigo para cuidar al Salvador del mundo? Eran demasiadas preguntas y muy difíciles de responder. Pero sin embargo, me sentía lleno de paz y feliz. Sólo pensaba en desvivirme por María y por su Hijo.

JOSEFINA: Y ese sueño se hizo realidad cuando José tuvo al niño Jesús en brazos y pudo ver que su nacimiento representaba una gran alegría para todos, especialmente para los más pobres. Jesús nació en Belén de Judá, fuera de la ciudad, porque no había sitio para ellos en la posada. Pero no les faltó el calor ni la compañía de las gentes sencillas.

Los primeros años fueron difíciles. Los poderosos amenazaban con matar al niño y tuvieron que huir a Egipto. Cuando todo estuvo tranquilo, pudieron instalarse en Nazaret. Jesús iba creciendo, en edad, sabiduría y gracia. Y compartía con su padre y con su madre muchos momentos del día, en los que fue aprendiendo cómo Dios quería manifestarse en el mundo, entre la gente. José amaba tiernamente a Jesús y era por Él correspondido.

JOSÉ: Todo transcurría con normalidad. Miraba a Jesús y veía en él un niño como los demás. Me alegraba con su crecimiento, con sus descubrimientos. Pero todo era tan normal... que, algunas veces, reaparecían las preguntas: “Aquellas palabras del ángel que escuché en sueños ¿serían verdad? ¿Fue cierta la llamada que escuché de Dios?”

JOSEFINA: Pero un buen día, algo diferente sacudió la vida tranquila de José. Fue en una peregrinación a Jerusalén.

JOSÉ: Cuando ya volvíamos para Nazaret, María y yo confiábamos en que Jesús iba con algún pariente en la caravana... Pero, al caer la noche, no lo encontramos. Pasamos tres días y tres noches, buscándolo entre los peregrinos, sin noticias. Estábamos desesperados. Volvimos a Jerusalén con el corazón angustiado. Y allí lo encontramos, estaba en medio de un grupo de doctores de la ley, hablando con ellos y haciéndoles preguntas. María no pudo más y le preguntó pero “Hijo, por qué nos has hecho esto. Tu padre y yo te buscábamos angustiados”.

La respuesta de Jesús fue algo inesperado... Al igual que María, yo tampoco entendía nada de lo que pasaba. Y las preguntas de aquel entonces volvían a mi mente.

JOSEFINA: Volvieron a Nazaret. Jesús bajó con ellos y seguía creciendo. A menudo, tenían que salir de Nazaret para buscar trabajo en los alrededores. La vida en aquella región no era fácil, para nadie, pero menos para los artesanos, como José. En esas idas y venidas, Jesús seguía contemplando la vida, las gentes, los acontecimientos... y creciendo en la sabiduría de Dios.

JOSÉ: Ante mis ojos, Jesús se iba convirtiendo en un joven fuerte y decidido. Yo veía en Él muchas cosas de mí. La verdad, puedo decir, que heredó mi estilo. Me impresionaba ese muchacho mío: su modo de actuar, de pensar, de relacionarse con la gente, de afrontar la vida... Algo especial iba a pasar con Él... Algo especial iba creciendo en su corazón. Recordaba mis sueños y mis preguntas de joven... Pero Dios me había dado serenidad... y aunque todavía no sabía cómo, presentía que este muchacho sería la respuesta.... No sólo para mí, sino para muchos.

JOSEFINA: Nada sabemos del momento en que murió José. Desapareció en silencio, como en silencio había vivido. Seguramente, para María y Jesús fue un momento doloroso, pero como siempre, como era habitual en aquel hogar, vivido desde la fe en Dios-Amor.

Pasaron algunos años más y Jesús se despidió de María y salió a los caminos de Galilea anunciando el Reino de Dios. Lo hacía con palabras e imágenes sencillas, con parábolas que había aprendido en Nazaret, al lado de María y de José.

Aunque José ya no estaba físicamente, seguía siendo el padre que siempre le había hablado de Dios como Padre, y su recuerdo como amigo, confidente y compañero, le animaba en sus largas caminatas y en todos sus trabajos.

José, el creyente, el vecino bueno, el padre cariñoso, el esposo fiel... es hoy, para nosotros, un testigo que nos lleva a Jesús.

Después de 2000 años, Jesús sigue siendo una pregunta vital para nosotros. Él es la pregunta. Él es la llamada. Él también es la respuesta, el camino de la vida verdadera.

Y José, el hombre que siempre se hizo preguntas y se las hizo con Dios, nos invita a abrirnos confiadamente a sus planes.

Magnificat de San José

Mis manos son salmos
en cada golpe de herramienta,
y todo mi ser rebosa de alegría
en Dios, hecho viga de nuestra madera,
porque ha mirado con agrado
la inocencia de mi querida María
y la pobreza de un carpintero.

Desde ahora y por todos los siglos
a ella le dirán Madre de Dios
y a mí, me tendrán por Patriarca
todas las generaciones,
porque el Señor poderoso,
el del perdón, la misericordia y la ternura,
ha hecho una obra bella en nosotros.

Su brazo hace palanca para cambiar el mundo,
colma la mesa de los pobres y deja vacía la de los ricos.

A mi esposa, convertida en Madre, la ha hecho umbral de Dios
y a mí, portal de Jerusalén,
aunque, sin duda, sólo soy un poco de esperanza
al lado de una virgen.

A ambos y al mismo tiempo, nos ha dado albergue
y nos ha hecho albergue de Israel
mostrando su misericordia en aquel vientre y en estas manos,
hechas espera de un recién nacido que no es mío,
pero que es mío para siempre.

